

solidaria en sus manifestaciones que lo que eran, desde el Eufrates al Océano, los diversos cultos paganos, civilizados y bárbaros. Por otra parte, resulta claramente de la lectura de los autores de la época, que la lucha de la que salió la proclamación del cristianismo como religión de Estado no tuvo ningún carácter religioso: los dos antagonistas, Constantino y Majencio, no tenían otro objetivo que la dominación política del mundo. Ninguna discusión teológica había tenido lugar entre los emperadores enemigos: uno y otro sólo habían consultado á la magia. Majencio, muy espantado del porvenir, había consultado á los adivinos y á los oráculos, conforme á los antiguos ritos; por su parte, Constantino, no menos ansioso, y sabiendo que su adversario se había asegurado el apoyo de las divinidades paganas, se veía compelido á dirigirse á dioses nuevos. La magia de éstos fué la más eficaz<sup>1</sup>.

Sin embargo, Constantino, de quien las leyendas católicas han hecho un ardiente campeón de la fe cristiana, no se manifestaba muy seguro, no sabiendo si tenía en su favor el elemento más fuerte. Como por un fenómeno de mecánica y bajo el imperio de leyes análogas, las dos formas religiosas, paganismo y cristianismo, en conflicto el uno con el otro, se encontraron durante cierto período en estado de equilibrio, y sutiles políticos, tales como Constantino, podían preguntarse con vacilación cuál de los dos acabaría por triunfar. Entonces se dió el caso de que, por temor al porvenir, se vino, de una parte y de otra, á pedir para todos los creyentes plena libertad de pensamiento y de fe. La idea de tolerancia germinó en algunos espíritus prudentes, y hasta se oyeron palabras que son verdaderos pensamientos anarquistas pronunciadas por emperadores: «Nadie debe molestar á otro, y cada uno debe hacer lo que quiera». Así se expresaba Constantino cuando había ya vencido á los paganos por el símbolo de la cruz, pero con pleno conocimiento de la poderosa fuerza de inercia que quedaba á sus adversarios.

Cuando su poder quedó al fin consolidado, cuidó bien de ser al mismo tiempo el gran maestro de las dos religiones enemigas, como un soberano moderno del que sacerdotes, pastores y rabinos

<sup>1</sup> Gaston Boissier, *La Fin du Paganisme*, p. 38.

dependen administrativamente los unos como los otros y al mismo título le deben plegarias, bendiciones y acciones de gracias. Constantino supo mantener en equilibrio los temores, las esperanzas y las rivalidades ce-

losas de sus súbditos paganos y cristianos, conservadores é innovadores. Así, en el mismo año publicó dos edictos, en uno ordenaba la celebración del domingo, en el otro recomendaba la consulta regular de los auspicios. Y el domingo coincidía en ser al mismo tiempo el «día del Señor» y el «día del sol», *Dies solis*. Constantino elevó iglesias, pero con una generosidad análoga, reconstruía y enriquecía los templos.

Hacía acuñar medallas en honor de Júpiter y de Apolo, de Marte y de Hércules y no descuidó su deber de hijo reconocido que le ordenaba colocar á Constancio, su padre, en el rango de los dioses.

Sólo se trataba, pues, de establecer la alianza entre el trono y el altar; pero cuando el cristianismo se hizo la religión verdaderamente dominante y que la observancia de la antigua fe llegó á ser casi un acto de rebeldía, cuando los soberanos creyeron poder disponer de la fuerza sin ningún reparo, usaron el lenguaje que les



Museo del Louvre.

Cl. Giraudon.

EL EMPERADOR CONSTANTINO

dictaron los padres de la Iglesia: «Desarraigar de la tierra al que sacrifique á los dioses. No haya piedad para él: es preciso lapidarlo, matarlo, aunque sea tu hermano, tu hijo ó la mujer que duerme sobre tu seno!» Así es como el piadoso Firminus Maternus exhorta á los hijos de Constantino al cumplimiento de sus deberes de perseguidores conscientés<sup>1</sup>. Y San Agustín, el doctor por excelencia, habla también del «cuchillo de las leyes justas» contra el error, y traza el terrible código en cuya virtud los inquisidores quemaron después los herejes con toda tranquilidad de conciencia.

Ese derecho de castigar al pagano y al cismático, ambos enemigos del dios de los ortodoxos, pertenece sin duda á éstos, puesto que se imaginan obedecer á las órdenes precisas venidas de lo alto, y este derecho se convierte fácilmente en un deber; pero conviene sobre todo á los nuevos amos vengarse de las persecuciones antiguas, de los terrores de la víspera. «El Señor es celoso y vengativo», asimismo lo es el rebaño de sus fieles. «Bienaventurados serán los santos, nos dice uno de los suyos, Tomás de Aquino, puesto que tendrán la alegría de ver los sufrimientos de los condenados». Las enseñanzas del Evangelio y los comentarios de sus intérpretes responden á la misma idea. Hasta el dulce Jesús habla en sus parábolas como lo haría un déspota de Asiria: «Todo árbol que no lleve buen fruto sea cortado y arrojado al fuego», — «Lanzad el servidor inútil á las tinieblas de fuera: allí será el lloro y el crujir de dientes», — «Traed aquí los enemigos que no han querido que yo reinase sobre ellos y matadlos delante de mí», — «La verdadera piedad consiste en ser despiadado», añade San Jerónimo<sup>2</sup>.

Las persecuciones se aplicaron mucho menos á enemigos paganos que á hermanos en la fe, rivales por la conquista del poder. La primera ley que castigaba con la muerte la herejía fué promulgada por Teodosio contra alguna secta de los Maniqueos; es el primer texto en que se hace mención de la Inquisición de la Fe<sup>3</sup>. De lejos, las disputas teológicas parecen haber sido inspiradas solamente por el ardor de las convicciones y la pasión del dominio

<sup>1</sup> Gaston Boissier, *La Fin du Paganisme*, t. I, p. 80.

<sup>2</sup> Mateo VII, 19; xxv, 30; Lucas, III, 9; XIX, 27. — Raoul Rozière, *Recherches critiques sur l'Histoire religieuse de la France*, ps. 23 y 24.

<sup>3</sup> Hartpole Lecky, *Rationalism in Europe*.

religioso, pero mirando las cosas de cerca se observa la coexistencia de otras causas. Resulta, pues, que en la época en que el cristianismo subió al trono con Constantino, los miembros del clero, sobre todo en Oriente, discutían acaloradamente sobre la naturaleza de Jesucristo: las influencias persas, egipcias, judaicas y griegas se cruzaban de diversos modos, mezclando hasta lo infinito sus argucias teológicas: ¿había sido Cristo creado por su padre, como sostenía Arrio? ó ¿había existido en toda eternidad, igual al Padre por su esencia? ó ¿no le igualaba más que por la voluntad? Todas esas cuestiones apasionaban á la multitud, aunque no pudiera comprenderlas: se maldecían ó se mataban unos á otros, pero sin conocer el pretexto, porque las razones verdaderas eran el empeño de alcanzar las riquezas y el poder consistentes en las propiedades, los palacios, los capitales; los intereses económicos se ocultaban bajo un aspecto religioso<sup>1</sup>. Durante más de medio siglo prosiguió la lucha con oscilaciones diversas: concilios y emperadores decidieron el pro y el contra, pero la victoria fué obtenida por el «símbolo de Nicea» promulgado por el primer concilio, bajo el reinado de Constantino; la opinión de Arrio se convirtió, pues, en una «herejía» y su doctrina, desterrada del Imperio, sólo encontró refugio durante algún tiempo entre los bárbaros, Godos, Vándalos y Lombardos. La unidad de fe fué proclamada en el Imperio: gran ventaja para los dominadores que querían imponer á sus súbditos la unidad en la obediencia.

En la misma época, también los reyes de Persia habían obtenido por la persecución la unidad de la fe, al menos en apariencia, en su religión oficial, el mazdeísmo: los maniqueos del reino habían sido condenados á la prisión ó á la muerte, quizá el mismo Mani fué desollado vivo. A eso se llamaba el «suplicio persa»; las pieles de los ajusticiados, llenas de aire ó de paja, estaban destinadas á balancearse delante del palacio de los soberanos.

La dirección de la fe religiosa, que asumía en lo sucesivo el gobierno, dando al culto un carácter oficial, implicaba también la dirección moral; es decir, el poder tendía á atribuirse el carácter de educador. Antes, bajo la República, los censores velaban por que

<sup>1</sup> J. Novicow, *Conscience et Volonté sociale*, p. 253.

cada ciudadano conformase su vida á las costumbre generales y á los mandatos de los magistrados, encarnación del Estado romano: quinientos años después, bajo la administración de los funcionarios imperiales, cuando el escepticismo había disuelto las antiguas leyes morales, los dominadores se imaginaban que podrían dictar otras nuevas. El Estado moderno, con su pretendida misión de Providencia, encargándose de la felicidad de los súbditos y dictándoles conducta y pensamiento, había nacido ya antes que Diocleciano y Constantino. Por la primera vez, bajo Vespasiano, la enseñanza se había unido vagamente al Estado. Los retóricos se habían convertido, si no en funcionarios, al menos en pensionistas como bajo los Ptolomeos. Especialmente Quintiliano había profesado la retórica á expensas del emperador. Adriano, Antonino y Marco Aurelio fundaron también cátedras para los gramáticos y los retóricos; Alejandro Severo edificó escuelas y subvencionó á los niños pobres, ó más bien decidió que las ciudades mantuvieran á los discípulos designados por ellas como dignos de una instrucción completa. El primer paso estaba dado, y de ese movimiento había de proceder el sistema de enseñanza que prevalece en todo el mundo civilizado.

El emperador que avanzó más en esta vía, y que á este respecto fué un completo innovador, fué Juliano, á quien la Iglesia cristiana continúa designando con el sobrenombre del «Apóstata», porque representó la reacción de los paganos letrados contra la dominación de los cristianos ignorantes y groseros. Pero en realidad Juliano no quería volver al paganismo antiguo: cristiano á pesar suyo, quería instaurar lo que en el paganismo le parecía bueno y mezclarlo á una religión de su elección que hubiera conservado la forma pagana, aunque la moral hubiera sido nueva. Esta religión es la que él mismo llamaba «helenismo» y que, en efecto, habría sido completamente griega por su filosofía y por su alta moral. Impulsado por ese proyecto de realización imposible, ese emperador que deseaba el bien, pero que no dejaba de obrar el mal, porque estaba provisto de la terrible prerrogativa del poder absoluto, fué el primero que utilizó la poderosa organización administrativa del Imperio para constituir en provecho del Estado la unidad de la enseñanza. Impuso á las ciudades la obligación de someterle la elección de los

profesores, después dictó á éstos el programa de lo que habían de enseñar y de las doctrinas que habían de prescindir, prohibiéndoles además profesar opiniones diferentes de las creencias populares. El



EXCAVACIONES DE ANTIOJE: MUJER EN ORACIÓN ACOMPAÑADA DE HORUS Y DE ANUBIS  
Mezcla de religiones cristiana y egipcia.

Estado se convirtió en maestro de escuela. La libertad quedó perdida para mucho tiempo<sup>1</sup>. Esta organización centralizada de la enseñanza, imaginada contra los cristianos por el paganismo moribundo, había de servir á los cristianos contra toda herejía, contra toda

<sup>1</sup> Albert Harrent, *Les Ecoles d'Antioche*, ps. 52 á 59.